

Las almas perdidas.

por Aida García Maroto (Mieres, Asturias)

[Obra finalista del concurso literario “Memorias de Idhún”,
organizado por la web LauraGallego.com en 2004]

A lo largo de cientos de años he oído hablar de la búsqueda del “alma gemela”. Es un término un poco estúpido, puesto que quienes lo dicen no tienen ni idea de lo que están hablando, no saben que ellos mismos son un alma, única y perdida. Pero haciendo caso omiso de los fallos que la expresión pueda encerrar, yo puedo decir que hallé a la mía, a mi alma gemela. Aunque ahora eso ya no sirva de nada, siempre guardaré un dulce recuerdo, en la infinitud del tiempo...

A mi alrededor, los árboles pierden sus doradas hojas, coloreadas por mi tristeza, y el viento sopla suavemente, acompasando los latidos de mi corazón. Sé que si permanezco aquí, el bosque morirá, consumido por mi pesar, pero me resulta difícil emprender mi viaje, me resulta difícil tener la certeza de que no volveré a estar junto a él. Quedarme, viendo como el bosque se consume sin que yo pueda hacer nada, sólo me haría sentir más desgraciada. Pero no puedo resistirme a continuar mirando el atardecer, que tiñe el cielo de color púrpura.

Lejos, tras las montañas, se encuentra el motivo de mi angustia, ya ajeno a los siglos de existencia que hemos compartido. Ambos sabíamos que algún día esto sucedería, pero, aunque sé que es una muestra de egoísmo, siempre confié en que él fuera quien me echara en falta. Sin embargo, aquí estoy, viva dentro de este cuerpo de unicornio, que me asegura una larga vida. Otra más. Pero ahora no será lo mismo, porque él no está junto a mí.

Mi mirada se pierde en la lejanía y los recuerdos se agolpan en mi memoria. Es un adiós que le debo, pero que no recibiré.

Nos conocimos en nuestra primera vida, estrenando nuestro primer cuerpo. Ambos éramos semejantes, bendecidos por el don de la Magia. Me llevó años entender que mi único deseo era estar junto a aquel mago flacucho que pasaba más tiempo entre calderos de pociones que entablando contacto con la naturaleza, como hacíamos los demás. Se llamaba Ireth y durante los primeros años de aprendizaje que pasé en la Asociación, mantuvimos una intensa relación consistente en saludarnos con la cabeza cuando nuestros caminos se cruzaban, pero un día, todo cambió.

Sucedió que un dragón famélico tuvo la gran idea de atacar nuestra escuela en busca de algo de comida y de ese modo se comprobó que, o los maestros no eran buenos a la hora de inculcar sus conocimientos en los alumnos, o éstos no resultaban ser grandes entendedores. La mayoría de las personas que se encontraban allí echaron a correr despavoridas, en un patético intento por salvar su vida. Sin embargo, algunos tuvimos el valor de hacer frente al dragón, haciendo uso de nuestra magia.

Finalmente, con unos cuantos hechizos, unas ballestas y algún que otro mago que distrajo a la bestia alada, logramos matarle. Ireth estuvo entre nosotros aquel día, pero resultó herido y sus quemaduras necesitaron cuidados durante unos meses. Como yo poseía buenas aptitudes para la magia curativa, se me designó para atender a Ireth. Nunca dejaré de agradecerle a aquel dragón el que atacara la Asociación porque sin él nuestra existencia hubiera sido miserable.

Entablé con Ireth una amistad cuyo fruto fue un amor posterior. Logré apartarle un poco de los calderos humeantes y, fuimos muy felices durante aquella vida...

Hasta que la desgracia cayó sobre la Magia.

Cuando mi cuerpo contaba con unos dos años menos de vida que el de Ireth, que tenía veintisiete, la amenaza empezó a hacerse notar sobre el mundo. La Magia había dado al mundo un mago con grandes poderes y perversas intenciones. Al principio pocos se habían preocupado, pues había bastantes magos oscuros, pero éstos se conformaban con vivir alejados del resto de las personas, haciendo experimentos de todo tipo. Pero aquél fue más lejos. Comenzó a exterminar a los hechiceros, uno por uno, poniendo en peligro la magia blanca. También mataba unicornios,

hadas, ninfas, musas, y todos aquellos seres puros que existían. Su influencia se fue extendiendo como una serpiente silenciosa, deslizándose lentamente, a la espera de dar el último mordisco que dejara libre su veneno.

Cuando empezamos a tomar conciencia de lo que sucedía, ya se hacía tarde para actuar, por lo que Ireth y yo tomamos una dura y arriesgada decisión para acabar con el Mago. Nos sacrificamos, sacrificamos nuestras vidas en un duelo contra el mago tenebroso.

No fue algo que se nos ocurrió en un momento de apuro, sino que lo meditamos largamente y tomamos medidas que nos asegurarían que aquello no era una estupidez que nos destruiría completamente.

Ireth y yo teníamos amplios conocimientos sobre la Magia, pues al acabar nuestros estudios básicos habíamos decidido quedarnos más tiempo en la Asociación. Ninguno teníamos familia, así que lo único que nos importaba era estar juntos. Durante el tiempo que pasamos allí averiguamos muchísimas cosas que el resto de los humanos desconocían. Sin duda la que más hondo caló en nosotros fue la verdad sobre las almas. Nosotros mismos éramos una. El alma no es algo que habite dentro de ti, sino que eres tú mismo.

Descubrimos que aquel era nuestro primer cuerpo y que una vez que éste muriera, volveríamos a nacer en otro distinto. Eso nos llenó de alegría, puesto que significaba que no solo podríamos vivir juntos una vida, sino todas, hasta que el mundo desapareciera y con él las miles de almas que lo poblaban.

Pero luego nos dimos cuenta de que no era así como funcionaban las cosas. De ese modo, las personas recordarían todas sus vidas anteriores y nosotros no habíamos oído nunca hablar de nadie que realizara tal afirmación. Entonces fue cuando comprendimos cuál era la realidad y a lo largo de todos estos años lo hemos comprobado. Cuando un cuerpo muere, desaparecen con él los recuerdos de la vida que llevó, con lo cual, al nacer el alma en un nuevo cuerpo, no recuerda nada, absolutamente nada. Por eso cuando vamos creciendo debemos aprender a caminar, a hablar, a conocer lo que nos rodea. Pero seguimos siendo la misma cosa, la misma alma.

Tras entender eso, Ireth y yo comenzamos a investigar el modo de no olvidar lo anterior cuando volviéramos a nacer, pero llegó un momento en el que, ante la falta de hallazgos, desistimos en nuestra búsqueda y nos resignamos a lo que estaba fijado.

Vivimos unos años sin preocuparnos, pero cuando el mago oscuro se convirtió en una seria amenaza, supimos que no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Recordamos aquello y volvimos a buscar, ya desesperadamente, el modo de seguir juntos en la eternidad.

Y lo encontramos. Contamos parte de nuestro plan a las autoridades de la Asociación, y éstos, aunque afirmaron que lamentarían nuestra pérdida, no pudieron por menos que aceptar nuestro ofrecimiento. El resto del plan lo reservamos para la intimidad. Ireth y yo hicimos un pacto mágico que sellaba que nunca, por muchos cuerpos que tuviéramos y muchas vidas que viviéramos, nos olvidaríamos de nuestro amor y de las vidas pasadas. Con lágrimas en los ojos, nos juramos que nos buscaríamos allá donde estuviéramos.

Pocas son las promesas que se cumplen, pero la nuestra fue una de ellas.

Sólo había un problema: Si volviéramos a nacer alguna vez poseyendo el don de la Magia en un cuerpo humano, lo olvidaríamos todo, y a menos que volviéramos a averiguar la verdad sobre las almas, así seguiríamos siempre. Con todo, aceptamos correr el riesgo, y llevamos a cabo nuestro plan.

Aquella primera muerte no fue dolorosa. Además éramos jóvenes, estábamos juntos y sabíamos que teníamos algo parecido a la inmortalidad por delante.

Ahora miro a mi alrededor y sólo veo este bosque, que desaparece poco a poco. Me siento culpable por ello, pero necesito marcharme de aquí estando tranquila y si no pongo en orden mis pensamientos no podré separarme de esto nunca.

¿Porqué no yo? Ireth será tan feliz sin recordar nada... Quizá esto suponga una liberación para él. Así nunca más tendrá que preocuparse por buscarme a través del mundo y de los años, sin saber si soy ave o pez, o si estoy a punto de morir o acabo de nacer.

Puede que sea afortunado. En cambio yo sé que le echaré de menos mientras pueda recordarlo todo. Y también sé que siendo un unicornio tengo largos años por delante.

Otra hoja cae suavemente desde la rama de un árbol, acaricia mi cuerno en su caída y finalmente se desmaya a mis pies. Tengo que irme de aquí.

Tuvimos suerte en nuestra segunda vida. Cuando nací comprobé con gozo que recordaba toda mi vida anterior, hasta el más mínimo detalle. Pero mi alegría se transformó cuando me di cuenta de que debía encontrar a Ireth. No sabía por donde empezar a buscar. Aún así, tuve paciencia y cuando llegué a la edad suficiente para irme de mi hogar, emprendí la búsqueda.

Mi cuerpo era de golondrina. Volé durante algún tiempo, siempre preguntando por Ireth a otros peregrinos con los que hablaba. Una tarde encontré un ruiseñor. Me dijo que volaba en busca de alguien a quien había perdido hacía algún tiempo. Le reconocí en el acto. Ireth ya no tenía la misma voz, ni el mismo cuerpo, pero su forma de hablar era la misma y el cariño con el que me trataba seguía siendo el que yo tan bien conocía.

Fuimos muy felices. Pero una mañana el bello ruiseñor apareció muerto junto a mí. Nuestros cuerpos eran ya viejos, pero aún así lloré y maldije hasta que un día la muerte se llevó también mi cuerpo.

Luego volví a nacer. Fui una hermosa nutria y busqué a Ireth allá adonde fui. Sin embargo no pudimos permanecer juntos cuando nos encontramos, porque él era un águila. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que las cosas no estaban saliendo como nosotros habíamos esperado.

No era tan fácil compartir nuestras vidas. Aún así, conseguimos mantener un cierto contacto. Cada cierto tiempo, yo veía acercarse la majestuosa silueta del águila, recortada en el cielo. Intercambiábamos esperanzas y sueños e imaginábamos cómo serían nuestras siguientes vidas. Sin embargo, casi todos aquellos sueños se desvanecieron con el tiempo. Los años avanzaban imperturbables y nosotros veíamos cómo el mundo maduraba a nuestro alrededor. Nosotros mismos evolucionamos y fuimos cambiando nuestro modo de pensar. Nos hacíamos mayores. Las almas no mueren, pero sí se reforman. Un alma común vive una y otra vez, sin recordar. Pero los años que vivimos Ireth y yo nos marcaron para siempre. No éramos como las demás. Podría decirse que somos almas sabias, porque nos conocemos, sabemos nuestro secreto y desafiamos a las leyes naturales. Eso nos pasó factura poco a poco. Entreví lo que pasaría cuando mi cuerpo de ciervo murió con tan sólo unos meses de vida. Yo aún no me había habituado a aquellas delgadas patitas, y no pude escapar de las garras del cazador. En aquella ocasión, nuestra vida habría sido perfecta. Nos habíamos encontrado casi al nacer, porque nuestras madres pertenecían al mismo grupo. Él era también un hermoso cervatillo. Estoy segura de que nuestros hijos habrían sido muy hermosos y felices, pero por desgracia no llegué a pasar junto a Ireth más de cuatro meses. No culpo a nadie, realmente, pero cada vez que pienso en aquella vida, mi interior se llena de rabia.

Quizá si hubiera corrido más...

Perdí también aquel cuerpo, y poco después nací en otro. Pero el ciclo se había roto. El lugar en donde yo había nacido era totalmente desconocido para mí, y seguramente, cuando lograra averiguar dónde estaba Ireth, él ya sería viejo.

Mis esperanzas comenzaron a hacerse ligeras dentro de mí, como una suave brisa que apenas se siente. Le perdí la pista, pero aún así no dejé de buscarle. Recorrí todo tipo de tierras y traté con todo tipo de seres, pero parecía que nunca iba a hallar a mi amor perdido.

Durante dos o tres vidas más, ya apenas recuerdo cuantas, vagué sin camino fijo, pero con un destino impuesto por los sentimientos que nunca he dejado morir.

Cuando nací en este cuerpo, de unicornio, ya estaba cansada, muy cansada y triste, pero seguía sin dejarme vencer por la desgracia. Ya casi había abandonado mi búsqueda, que contaba con ya más de un siglo de antigüedad, cuando un día oí llorar a un niño. Me encontraba en las cercanías del bosque que había establecido como mi hogar, y que estará unido a mí mientras yo lo habite. Tras las montañas que lo limitan hay granjas de las que se encargan humildes familias de campesinos.

El llanto que había llamado mi atención provenía de una de esas granjas. No sé qué fue lo que me hizo reconocerlo, pero en cuanto oí aquel desconsolado grito rasgando el aire supe que había encontrado, por fin, a Ireth.

Me acerqué con cautela a la ventana, pues la gente no comprende bien la naturaleza de los unicornios, y entonces lo vi. Un niño de cabellos dorados, de unos tres años de edad, lloraba con fuerza, aferrando uno de sus pies, que sangraba abundantemente por un corte reciente. Deduje que

se acababa de caer y miré a todos lados, angustiada, por si alguien venía a ayudarlo. Pero no vi que ninguna persona llegara, pues el resto de la familia debía estar entregada a las labores diarias. Continué mirando al interior de la casa y entonces fue cuando llegó la amarga sorpresa.

El niño empezó a calmarse un poco, pero unos fuertes hipidos sacudían su cuerpecillo. Entonces observé, atónita, cómo el pequeño miraba fijamente su pie sangrante. Una luz tenue hizo brillar su cuerpo y del corte fue dejando de manar sangre, gradualmente. Comprendí lo que el niño acababa de hacer, horrorizada. No me lo podía creer.

Después de tanto tiempo buscando a mi amado Ireth, le había encontrado cuando era ya demasiado tarde.

Retrocedí unos pasos, con los ojos llenos de lágrimas. Pero en aquel momento, el niño alzó la cabeza y me miró fijamente, con una sonrisa inocente en los labios. Buceé en aquellos ojos grises, pero al cabo de unos instantes no pude soportarlo más. Fui incapaz de observar aquella mirada. Había algo en ella que sellaba mi soledad y mi desgracia...

La Magia. Los ojos del niño estaban cargados de Magia.

Los búhos gimen entre los árboles. Ya ha caído la noche, como un manto que alivie mi pesar. Han pasado dos semanas desde que encontré a Ireth y por fin he logrado hacerme a la idea de que ya no puede recordarme. Nunca más me buscará. Ni yo a él.

Sé que nada será fácil a partir de ahora. Pero prefiero no pensar en el futuro... Tampoco en el pasado. Realmente no sé que hacer. Tengo la desagradable sensación de que para mí hay más caminos cerrados que abiertos.

Este cuerpo será mi refugio. Es hermoso y cálido pero lleva consigo una maldición: la de la longevidad. Sería agradable nacer en otro cuerpo ahora, aunque dudo que eso logre hacer esto más llevadero. Pero no puedo acabar con esta vida, no puedo destruir este cuerpo. Ni ningún otro. Si lo hiciera, mi alma, es decir; yo, moriría para siempre. Esa era la condición indispensable para que Ireth y yo siguiéramos adelante. Es la ley de las almas, no podemos destruir nuestro cuerpo, porque nosotros morimos con él. No puedo negar que esa posibilidad ha pasado por mi mente, pues en cierto modo sería una liberación. Pero algo dentro de mí me impide hacerlo. Quizá sea el amor que siento por Ireth, o tal vez, una pequeña llama de esperanza que todavía no se ha extinguido.

Creo que ahora ya estoy preparada para partir. Me iré las praderas lejanas, donde pueda descansar sin tener que preocuparme por proteger este bosque, hermoso hace apenas unas semanas, cuando comenzó a enfermar a causa de mi tristeza.

Un último vistazo hacia la lejanía, donde brilla la media luna sobre las montañas, me basta para comprender que nunca dejaré que este pequeño rayo de esperanza muera en mí. Tal vez Ireth, vuelva a convertirse en un gran mago y recuerde todo lo que ha vivido...

Mientras tanto, yo recordaré. Sé que una nueva etapa comienza para mí, aunque esta tristeza nunca desaparecerá.

Una cálida lágrima se desliza desde mi mejilla hasta la tierra y una flor se abre paso entre la tupida hierba, naciendo en ese mismo instante. Este es el momento.

Me doy la vuelta en silencio y comienzo a galopar, sin mirar atrás.

El llanto lejano de un niño llega desde las montañas.

A lo largo de cientos de años he oído hablar de la búsqueda del “alma gemela”. Es un término un poco estúpido, puesto que quienes lo dicen no tienen ni idea de lo que están hablando, no saben que ellos mismos son un alma, única y perdida. Pero haciendo caso omiso de los fallos que la expresión pueda encerrar, yo puedo decir que hallé a la mía, a mi alma gemela. Aunque ahora eso ya no sirva de nada, siempre guardaré un dulce recuerdo, en la infinidad del tiempo...

A mi alrededor, los árboles pierden sus doradas hojas, coloreadas por mi tristeza, y el viento sopla suavemente, acompasando los latidos de mi corazón.

Sé que si permanezco aquí, el bosque morirá, consumido por mi pesar, pero me resulta difícil emprender mi viaje, me resulta difícil tener la certeza de que no volveré a estar junto a él. Quedarme, viendo como el bosque se consume sin que yo pueda hacer nada, sólo me haría sentir más desgraciada. Pero no puedo resistirme a continuar mirando el atardecer, que tiñe el cielo de color púrpura.

Lejos, tras las montañas, se encuentra el motivo de mi angustia, ya ajeno a los siglos de existencia que hemos compartido. Ambos sabíamos que algún día esto sucedería, pero, aunque sé que es una muestra de egoísmo, siempre confié en que él fuera quien me echara en falta. Sin embargo, aquí estoy, viva dentro de este cuerpo de unicornio, que me asegura una larga vida. Otra más. Pero ahora no será lo mismo, porque él no está junto a mí.

Mi mirada se pierde en la lejanía y los recuerdos se agolpan en mi memoria. Es un adiós que le debo, pero que no recibirá.

Nos conocimos en nuestra primera vida, estrenando nuestro primer cuerpo. Ambos éramos semejantes, bendecidos por el don de la Magia. Me llevó años entender que mi único deseo era estar junto a aquel mago flacucho que pasaba más tiempo entre calderos de pociones que entablando contacto con la naturaleza, como hacíamos los demás. Se llamaba Ireth y durante los primeros años de aprendizaje que pasé en la Asociación, mantuvimos una intensa relación consistente en saludarnos con la cabeza cuando nuestros caminos se cruzaban, pero un día, todo cambió.

Sucedió que un dragón famélico tuvo la gran idea de atacar nuestra escuela en busca de algo de comida y de ese modo se comprobó que, o los maestros no eran buenos a la hora de inculcar sus conocimientos en los alumnos, o éstos no resultaban ser grandes entendedores. La mayoría de las personas que se encontraban allí echaron a correr despavoridas, en un patético intento por salvar su vida. Sin embargo, algunos tuvimos el valor de hacer frente al dragón, haciendo uso de nuestra magia.

Finalmente, con unos cuantos hechizos, unas ballestas y algún que otro mago que distrajo a la bestia alada, logramos matarle. Ireth estuvo entre nosotros aquel día, pero resultó herido y sus quemaduras necesitaron cuidados durante unos meses. Como yo poseía buenas aptitudes para la magia curativa, se me designó para atender a Ireth. Nunca dejaré de agradecerle a aquel dragón el que atacara la Asociación porque sin él nuestra existencia hubiera sido miserable.

Entablé con Ireth una amistad cuyo fruto fue un amor posterior. Logré apartarle un poco de los calderos humeantes y, fuimos muy felices durante aquella vida...

Hasta que la desgracia cayó sobre la Magia.

Cuando mi cuerpo contaba con unos dos años menos de vida que el de Ireth, que tenía veintisiete, la amenaza empezó a hacerse notar sobre el mundo. La Magia había dado al mundo un mago con grandes poderes y perversas intenciones. Al principio pocos se habían preocupado, pues había bastantes magos oscuros, pero éstos se conformaban con vivir alejados del resto de las personas, haciendo experimentos de todo tipo. Pero aquél fue más lejos. Comenzó a exterminar a los hechiceros, uno por uno, poniendo en peligro la magia blanca. También mataba unicornios, hadas, ninfas, musas, y todos aquellos seres puros que existían. Su influencia se fue extendiendo como una serpiente silenciosa, deslizándose lentamente, a la espera de dar el último mordisco que dejara libre su veneno.

Cuando empezamos a tomar conciencia de lo que sucedía, ya se hacía tarde para actuar, por lo que Ireth y yo tomamos una dura y arriesgada decisión para acabar con el Mago. Nos sacrificamos, sacrificamos nuestras vidas en un duelo contra el mago tenebroso.

No fue algo que se nos ocurrió en un momento de apuro, sino que lo meditamos largamente y tomamos medidas que nos asegurarían que aquello no era una estupidez que nos destruiría completamente.

Ireth y yo teníamos amplios conocimientos sobre la Magia, pues al acabar nuestros estudios básicos habíamos decidido quedarnos más tiempo en la Asociación. Ninguno teníamos familia, así que lo único que nos importaba era estar juntos.

Durante el tiempo que pasamos allí averiguamos muchísimas cosas que el resto de los humanos desconocían. Sin duda la que más hondo caló en nosotros fue la verdad sobre las almas.

Nosotros mismos éramos una. El alma no es algo que habite dentro de ti, sino que eres tú mismo.

Descubrimos que aquel era nuestro primer cuerpo y que una vez que éste muriera, volveríamos a nacer en otro distinto. Eso nos llenó de alegría, puesto que significaba que no solo podríamos vivir juntos una vida, sino todas, hasta que el mundo desapareciera y con él las miles de almas que lo poblaban.

Pero luego nos dimos cuenta de que no era así como funcionaban las cosas. De ese modo, las personas recordarían todas sus vidas anteriores y nosotros no habíamos oído nunca hablar de nadie que realizara tal afirmación. Entonces fue

cuando comprendimos cuál era la realidad y a lo largo de todos estos años lo hemos comprobado. Cuando un cuerpo muere, desaparecen con él los recuerdos de la vida que llevó, con lo cual, al nacer el alma en un nuevo cuerpo, no recuerda nada, absolutamente nada. Por eso cuando vamos creciendo debemos aprender a caminar, a hablar, a conocer lo que nos rodea. Pero seguimos siendo la misma cosa, la misma alma.

Tras entender eso, Ireth y yo comenzamos a investigar el modo de no olvidar lo anterior cuando volviéramos a nacer, pero llegó un momento en el que, ante la falta de hallazgos, desistimos en nuestra búsqueda y nos resignamos a lo que estaba fijado.

Vivimos unos años sin preocuparnos, pero cuando el mago oscuro se convirtió en una seria amenaza, supimos que no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Recordamos aquello y volvimos a buscar, ya desesperadamente, el modo de seguir juntos en la eternidad.

Y lo encontramos. Contamos parte de nuestro plan a las autoridades de la Asociación, y éstos, aunque afirmaron que lamentarían nuestra pérdida, no pudieron por menos que aceptar nuestro ofrecimiento. El resto del plan lo reservamos para la intimidad. Ireth y yo hicimos un pacto mágico que sellaba que nunca, por muchos cuerpos que tuviéramos y muchas vidas que viviéramos, nos olvidaríamos de nuestro amor y de las vidas pasadas. Con lágrimas en los ojos, nos juramos que nos buscaríamos allá donde estuviéramos. Pocas son las promesas que se cumplen, pero la nuestra fue una de ellas.

Sólo había un problema: Si volviéramos a nacer alguna vez poseyendo el don de la Magia en un cuerpo humano, lo olvidaríamos todo, y a menos que volviéramos a averiguar la verdad sobre las almas, así seguiríamos siempre. Con todo, aceptamos correr el riesgo, y llevamos a cabo nuestro plan.

Aquella primera muerte no fue dolorosa. Además éramos jóvenes, estábamos juntos y sabíamos que teníamos algo parecido a la inmortalidad por delante.

Ahora miro a mi alrededor y sólo veo este bosque, que desaparece poco a poco. Me siento culpable por ello, pero necesito marcharme de aquí estando tranquila y si no pongo en orden mis pensamientos no podré separarme de esto nunca.

¿Porqué no yo? Ireth será tan feliz sin recordar nada... Quizá esto suponga una liberación para él. Así nunca más tendrá que preocuparse por buscarme a través del mundo y de los años, sin saber si soy ave o pez, o si estoy a punto de morir o acabo de nacer.

Puede que sea afortunado. En cambio yo sé que le echaré de

menos mientras pueda recordarlo todo. Y también sé que siendo un unicornio tengo largos años por delante.

Otra hoja cae suavemente desde la rama de un árbol, acaricia mi cuerno en su caída y finalmente se desmaya a mis pies. Tengo que irme de aquí.

Tuvimos suerte en nuestra segunda vida. Cuando nací comprobé con gozo que recordaba toda mi vida anterior, hasta el más mínimo detalle. Pero mi alegría se transformó cuando me di cuenta de que debía encontrar a Ireth. No sabía por donde empezar a buscar. Aún así, tuve paciencia y cuando llegué a la edad suficiente para irme de mi hogar, emprendí la búsqueda.

Mi cuerpo era de golondrina. Volé durante algún tiempo, siempre preguntando por Ireth a otros peregrinos con los que hablaba. Una tarde encontré un ruiseñor. Me dijo que volaba en busca de alguien a quien había perdido hacía algún tiempo. Le reconocí en el acto. Ireth ya no tenía la misma voz, ni el mismo cuerpo, pero su forma de hablar era la misma y el cariño con el que me trataba seguía siendo el que yo tan bien conocía.

Fuimos muy felices. Pero una mañana el bello ruiseñor apareció muerto junto a mí. Nuestros cuerpos eran ya viejos, pero aún así lloré y maldije hasta que un día la muerte se llevó también mi cuerpo.

Luego volví a nacer. Fui una hermosa nutria y busqué a Ireth allá adonde fui. Sin embargo no pudimos permanecer juntos cuando nos encontramos, porque él era un águila. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que las cosas no estaban saliendo como nosotros habíamos esperado. No era tan fácil compartir nuestras vidas. Aún así, conseguimos mantener un cierto contacto. Cada cierto tiempo, yo veía acercarse la majestuosa silueta del águila, recortada en el cielo. Intercambiábamos esperanzas y sueños e imaginábamos cómo serían nuestras siguientes vidas. Sin embargo, casi todos aquellos sueños se desvanecieron con el tiempo. Los años avanzaban imperturbables y nosotros veíamos cómo el mundo maduraba a nuestro alrededor. Nosotros mismos evolucionamos y fuimos cambiando nuestro modo de pensar. Nos hacíamos mayores. Las almas no mueren, pero sí se reforman. Un alma común vive una y otra vez, sin recordar. Pero los años que vivimos Ireth y yo nos marcaron para siempre. No éramos como las demás. Podría decirse que somos almas sabias, porque nos conocemos, sabemos nuestro secreto y desafiamos a las leyes naturales. Eso nos pasó factura poco a poco.

Entreví lo que pasaría cuando mi cuerpo de ciervo murió con tan sólo unos meses de vida. Yo aún no me había habituado a aquellas delgadas patitas, y no pude escapar de las garras del cazador. En aquella ocasión, nuestra vida habría sido perfecta. Nos habíamos encontrado casi al nacer, porque nuestras

madres pertenecían al mismo grupo. Él era también un hermoso cervatillo. Estoy segura de que nuestros hijos habrían sido muy hermosos y felices, pero por desgracia no llegué a pasar junto a Ireth más de cuatro meses. No culpo a nadie, realmente, pero cada vez que pienso en aquella vida, mi interior se llena de rabia.

Quizá si hubiera corrido más...

Perdí también aquel cuerpo, y poco después nací en otro. Pero el ciclo se había roto. El lugar en donde yo había nacido era totalmente desconocido para mí, y seguramente, cuando lograra averiguar dónde estaba Ireth, él ya sería viejo.

Mis esperanzas comenzaron a hacerse ligeras dentro de mí, como una suave brisa que apenas se siente. Le perdí la pista, pero aún así no dejé de buscarle. Recorrí todo tipo de tierras y traté con todo tipo de seres, pero parecía que nunca iba a hallar a mi amor perdido.

Durante dos o tres vidas más, ya apenas recuerdo cuantas, vagué sin camino fijo, pero con un destino impuesto por los sentimientos que nunca he dejado morir.

Cuando nací en este cuerpo, de unicornio, ya estaba cansada, muy cansada y triste, pero seguía sin dejarme vencer por la desgracia. Ya casi había abandonado mi búsqueda, que contaba con ya más de un siglo de antigüedad, cuando un día oí llorar a un niño. Me encontraba en las cercanías del bosque que había establecido como mi hogar, y que estará unido a mí mientras yo lo habite. Tras las montañas que lo limitan hay granjas de las que se encargan humildes familias de campesinos.

El llanto que había llamado mi atención provenía de una de esas granjas. No sé qué fue lo que me hizo reconocerlo, pero en cuanto oí aquel desconsolado grito rasgando el aire supe que había encontrado, por fin, a Ireth.

Me acerqué con cautela a la ventana, pues la gente no comprende bien la naturaleza de los unicornios, y entonces lo vi. Un niño de cabellos dorados, de unos tres años de edad, lloraba con fuerza, aferrando uno de sus pies, que sangraba abundantemente por un corte reciente. Deduje que se acababa de caer y miré a todos lados, angustiada, por si alguien venía a ayudarlo. Pero no vi que ninguna persona llegara, pues el resto de la familia debía estar entregada a las labores diarias. Continué mirando al interior de la casa y entonces fue cuando llegó la amarga sorpresa.

El niño empezó a calmarse un poco, pero unos fuertes hipidos sacudían su cuerpecillo. Entonces observé, atónita, cómo el pequeño miraba fijamente su pie sangrante. Una luz tenue hizo brillar su cuerpo y del corte fue dejando de manar sangre, gradualmente.

Comprendí lo que el niño acababa de hacer, horrorizada. No

me lo podía creer.

Después de tanto tiempo buscando a mi amado Ireth, le había encontrado cuando era ya demasiado tarde.

Retrocedí unos pasos, con los ojos llenos de lágrimas. Pero en aquel momento, el niño alzó la cabeza y me miró fijamente, con una sonrisa inocente en los labios. Buceé en aquellos ojos grises, pero al cabo de unos instantes no pude soportarlo más. Fui incapaz de observar aquella mirada. Había algo en ella que sellaba mi soledad y mi desgracia...

La Magia. Los ojos del niño estaban cargados de Magia.

Los búhos gimen entre los árboles. Ya ha caído la noche, como un manto que alivie mi pesar. Han pasado dos semanas desde que encontré a Ireth y por fin he logrado hacerme a la idea de que ya no puede recordarme. Nunca más me buscará. Ni yo a él. Sé que nada será fácil a partir de ahora. Pero prefiero no pensar en el futuro... Tampoco en el pasado. Realmente no sé que hacer. Tengo la desagradable sensación de que para mí hay más caminos cerrados que abiertos.

Este cuerpo será mi refugio. Es hermoso y cálido pero lleva consigo una maldición: la de la longevidad. Sería agradable nacer en otro cuerpo ahora, aunque dudo que eso logre hacer esto más llevadero. Pero no puedo acabar con esta vida, no puedo destruir este cuerpo. Ni ningún otro. Si lo hiciera, mi alma, es decir; yo, moriría para siempre. Esa era la condición indispensable para que Ireth y yo siguiéramos adelante. Es la ley de las almas, no podemos destruir nuestro cuerpo, porque nosotros morimos con él. No puedo negar que esa posibilidad ha pasado por mi mente, pues en cierto modo sería una liberación. Pero algo dentro de mí me impide hacerlo. Quizá sea el amor que siento por Ireth, o tal vez, una pequeña llama de esperanza que todavía no se ha extinguido.

Creo que ahora ya estoy preparada para partir. Me iré las praderas lejanas, donde pueda descansar sin tener que preocuparme por proteger este bosque, hermoso hace apenas unas semanas, cuando comenzó a enfermar a causa de mi tristeza.

Un último vistazo hacia la lejanía, donde brilla la media luna sobre las montañas, me basta para comprender que nunca dejaré que este pequeño rayo de esperanza muera en mí. Tal vez Ireth, vuelva a convertirse en un gran mago y recuerde todo lo que ha vivido...

Mientras tanto, yo recordaré. Sé que una nueva etapa comienza para mí, aunque esta tristeza nunca desaparecerá.

Una cálida lágrima se desliza desde mi mejilla hasta la tierra y una flor se abre paso entre la tupida hierba, naciendo en ese mismo instante. Este es el momento.

Me doy la vuelta en silencio y comienzo a galopar, sin mirar

atrás.

El llanto lejano de un niño llega desde las montañas.

